

de los mausoleos, toda la vanidosa pompa de mármol y piedra, restaba en ruinas.

Veroni, como artista, había hecho de su sepultura familiar, un mausoleo de severas líneas griegas. Orienté mi andar siguiendo la silueta de una cruz de hierro, y pronto di con la morada de los Veroni. Allí reposaba Gina, malograda en plena juventud; allí su padre, el viejo artista, a quien tanto debo; allí su mujer, muerta en la catástrofe...

Descubierto, caí de hinojos, junto a esas ruinas informes. Yo nunca había rezado, pero esa tarde recé una oración sin palabras, una de esas oraciones que el hombre improvisa en los trances amargos de su existencia.

—¡Señor Arnaldo..., señor!...

Era la voz conocida de Beppo, el viejo criado de los Veroni. Nos abrazamos emocionados. Pregunté por Adelaida.

—Hoy no ha venido, señorito. Ayer estuvo y dispuso poner orden en la sepultura.

Mire usted cómo está...

Efectivamente apenas el ánimo ver el macabro desorden de aquella cripta, abierta a la curiosidad. Beppo, había apartado los escombros dejando al descubierto los húmedos peldaños de piedra que conducían a la nave soterrada en que se alineaban los nichos.

—Baje usted, señor, y verá por sus propios ojos. Sería un sacrilegio no ordenar los ataúdes...

No sé si por curiosidad malsana o por piedad, me vi impulsado a descender. Beppo me alumbraba el camino con una linterna y pronto sentí en mi rostro una ráfaga de humedad, cargada de emanaciones deletéreas, como si golpease en mis mejillas un ala viscosa.

No olvidaré jamás esa visión fatídica, digna de un pasaje novelesco de Edgar Poe. Algunos ataúdes aparecían aplastados, astilladas sus maderas podridas y apollilladas; luciendo en su interior esqueletos despedazados e informes. Tropecé con un cráneo que debió rodar de un nicho alto. De pronto la linterna enfocó su cono de luz rojiza en un ataúd de caoba, cuyo aspecto aún no había olvidado.

Di un grito sofocado. La tapa hecha fragmentos dejaba ver como una careta trágica el rostro de Gina. Aún quedaba piel, amarillenta, cética, en la cabeza, aplastada sobre los cabellos. Sin duda, su cuerpo estaba en el período de momificación que precede a la disolución de los tejidos.

Retrocedí aterrorizado, pero mis ojos se detuvieron entre las astillas del ataúd, donde veía agitarse una vida parásita. Eran pequeños insectos necrófilos; gusanos verdes, de reptar pesado, arrastrándose sobre la mancha blanca del sudario.

Me ahogaba.

—¡Beppo, salgamos de aquí!... No puedo resistir...

Ascendí los peldaños, cubriéndome los ojos con las manos. Ya afuera, en el aire y el sol de la tarde, respiré con alivio. Tenía los nervios tan crispados, el alma tan acongojada, que caí llorando, de miedo y dolor, en brazos del criado.

Aquel llanto me equilibró el ánimo, y ya repuesto de mi impresión, marché a la ciudad. Hamlet en su monólogo inmortal, en sus dubitaciones sobre el ser o no ser, no alcanzó, sin duda, a mi profundidad de pensamientos. Sentía arder mis sienes y todo en mí ser era exaltación.

Gina, amorosa y risueña, surgía en mi evocación para ser reemplazada luego por la silueta fangosa, con la careta de piel cética, roída por los verdinegros gusanos...

Cansado, aspeado, después de haber cruzado nuevamente la ciudad en ruinas,

